

AYLLU-SIAF, Vol. 3, Nº 2, Julio-Diciembre (2021) pp. 269-271

ISSN: 2695-5938 e-ISSN: 2695-5946

DOI: 10.52016/Ayllu-Siaf.2021.3.2.15

GARCÍA DE LEÓN, M^a ANTONIA.

EL YO SITIADO. EDITORIAL PIGMALIÓN, MADRID, 2020.

ISBN: 9788418333743, pp 206.

Ignacio M^a Muñoz, Consultor y autor.

Recibido: 2021-11-27

Aceptado: 2021-12-26

Estar en el sitio

He terminado de leer “El yo sitiado”, salido de la imprenta hace apenas un mes. Y confieso que lo he leído de un tirón. En la situación en que nos encontramos, en nuestro país y en el mundo entero, a causa de la pandemia y sus consecuencias, es alentadora una lectura como esta. Como dice Juan Manuel de Faramiñán en la contraportada del libro, “(...)Tiene algo de desgarrador y de sublime, que nos reconcilia con lo que somos”. Y lo hace en un tono tan directo, que, como poéticamente dice Conchi Sánchez, directora del diario Lanza, en su reseña para “Crítica de la razón práctica”: “La identificación durante la lectura es tal, que es difícil sustraerse a unas ideas que se alargan entre líneas hasta el abrazo”.

Es, por tanto, recomendable armarnos de reflexiones como las de este libro para ayudarnos a hacer inventario de nuestro propio “yo sitiado”, así como para ayudarnos a construir lo que nos compete, individual y socialmente, a partir de ahora.

Resulta una obviedad –quizá hasta ofensiva para cualquier lector avisado– empezar esta reseña diciendo que “El yo sitiado” es un diario. Así lo califica en sus páginas la propia autora. Y, efectivamente, en ellas se describe con precisión cronológica hechos, situaciones, paisajes y

reflexiones de las que ella misma es protagonista o espectadora. Pero no busque en este libro quien lo lea una crónica de lo ocurrido en España entre marzo y diciembre de 2020. Ni siquiera lo que le ha sucedido a su autora en este periodo de tiempo. El libro es mucho más que eso. Aprovechándose con no poco ingenio del género —“diarismo”, lo llama García de León en una acepción que habría que añadir a la que figura en el diccionario de la R.A.E., que circunscribe el término al ejercicio del periodismo— la autora confiere al libro una dimensión mucho mayor, casi inabarcable: es, claro está, registro amanuense de un periodo de tiempo; pero es también historia individual y colectiva —intrahistoria, más bien—; y a partir de ella, sociología; y sobre ella, filosofía.

Obligada a aceptar las circunstancias —el infortunio del sitio— con serenidad no exenta de rebeldía, la autora planta los pies en el suelo y decide “estar en su sitio” para aprehender y valorar cuanto a partir del momento del encierro pueda suceder. Es, por tanto, el relato de las circunstancias vividas por ella en estos meses, contadas con detalle minucioso unas veces; tan solo esbozadas, otras. Narración que alterna los sentimientos presentes con viajes al pasado —hermosísimos recuerdos de su infancia (su “torre de adobe”), en los que caben también sus propios espíritus—, de modo que escribe, con esmerada caligrafía, su “cuaderno de escribir la vida”, como la protagonista de la célebre primera novela de Isabel Allende. Pero como la autora —socióloga, al cabo— recurre como hizo en “Estado de sitio”, a acoger en sus páginas otras muchas voces (“cautivas, desescaladas y desorientadas”, en una taxonomía particular), la obra adquiere también la dimensión de registro del sentir general acerca de la pandemia y sus consecuencias. Así, la suma de intrahistoria y testimonios arroja los mejores anales para el estudio histórico de este tiempo en el futuro.

Dije cuando hablé sobre “Estado de sitio” (el anterior libro de García de León, que anticipaba “El yo sitiado”) que había sido escrito con una prosa que afloraba a borbotones. El caso que nos ocupa podría decirse que es en parte otro, pues si bien en las profundidades de lo que se lee pueden percibirse fuertes corrientes, nerviosas y hasta dolorosas, en la superficie reina una dulce tranquilidad de aguas mansas. Porque todo está contado con una voz poética que lleva al lector a contemplar paisajes, a descansar su vista en el mar de Málaga o en la llanura manchega ante los que en esos meses vive la autora, a oler y saborear sus aperitivos y sus comidas, a oír las músicas que la acompañan mientras escribe. Es destacable el papel

que la naturaleza alcanza en el libro; cómo es más que un escenario en el que ocurren las cosas, hasta llegar a ser a ser un protagonista más de la historia. La naturaleza —los paisajes, los amaneceres, los cambios de luz— son parte de lo que le sucede a la autora, en una suerte de comunión entre ambas.

Sería fácil caer en la tentación de describir este libro como un mosaico, construido con nervio y con dulzura a partir de la unión morosa de muy variadas teselas aportadas por la realidad aprehendida por la propia autora, así como por las voces que ella misma recaba de terceros sobre la naturaleza y el alcance de la situación vivida. Pero es que también esta vez el libro va más allá, al no conformarse con ser una realidad simplemente bidimensional y aparecer como un artefacto de muchas dimensiones, que suma y contrapone muy distintos planos: la realidad observada y muchas veces juzgada con calidad de académica, los recuerdos, la reflexión, el recurso a la creación de tantos y tantos autores que redondean o matizan con sus aportaciones las de la propia autora, la creación poética... Un producto, en fin, poliédrico que conjuga muy diferentes disciplinas y muy diferentes aproximaciones.

Pero para mí, hay dos rasgos de este libro que me gustaría resaltar de manera especial. El primero es que siembra en el lector la semilla de la reflexión sobre la contraposición entre la realidad y la ficción, como consecuencia de la propia experiencia vital, individual y colectiva, en unas circunstancias tan extraordinarias como las presentes. Queda un como desasosiego en el alma al terminar la lectura. Nos escuece la constatación de que, si bien en nuestra obligación de construir nuestra propia existencia pensábamos que lo hacíamos sobre piedra, quizá a partir de lo vivido —de esta experiencia única, extravagante e inesperada— adquiramos la dolorosa conciencia de que la construimos sobre arena. El segundo rasgo al que me refería es que toda la obra está atravesada por un fino sentido del humor. De este modo, desasosiego e ironía se alían con inteligencia para hacernos más llevaderas las interpelaciones que la autora nos arroja.

Cuando esto pase —pues “todo pasa”—, ¿volveremos a mirar al mundo con los ojos de antes?; ¿estará al otro lado de la ventana la ciudad que dejamos, o veremos solo su recuerdo? En cualquier caso, como la misma autora escribe para concluir el libro: “Abrazo el Año Nuevo con valentía. Sé que construiré sobre la arena, al modo de lo que inevitablemente es nuestro existir. Sin embargo, edificaré mi tiempo, día tras día”.